

El precio de la suerte

Autor: Paco Sánchez

ISBN: 978-1-326-63259-5

Fecha publicación: 2025

Todos los derechos reservados

Indice

Capítulo 1: El Comienzo de la Aventura

Capítulo 2: Primeras Ganancias

Capítulo 3: La Caída

Capítulo 4: El Engaño

Capítulo 5: Dudas y Consecuencias

Capítulo 6: Un Nuevo Amigo

Capítulo 7: La Espiral Descendente

Capítulo 8: Revelaciones

Capítulo 9: La Tentación

Capítulo 10: El Descubrimiento

Capítulo 11: La Confrontación

Capítulo 12: La Caída de la Máscara

Capítulo 13: La Alianza

Capítulo 14: El Plan

Capítulo 15: El Juego Peligroso

Capítulo 16: La Traición

Capítulo 17: En la Mira

Capítulo 18: La Redención

Capítulo 19: El Enfrentamiento Final

Capítulo 20: Un Nuevo Comienzo

Capítulo 1: El Comienzo de la Aventura

Kevin Fortuna nunca se consideró un tipo con suerte. A sus 19 años, sentía que la vida transcurría sin un rumbo claro. La misma rutina día tras día: levantarse temprano y medio adormilado, recibir algún reproche de su madre por no recoger la ropa del suelo o por su escaso entusiasmo en ayudar en las tareas de la casa, salir corriendo a su trabajo de media jornada en el local de comida rápida... y por las noches, refugiarse en su habitación para ver videos en el móvil o chatear con sus amigos. Nada de aquello le ofrecía la emoción que, en el fondo, anhelaba. De vez en cuando, se preguntaba si todos sus días iban a ser así de monótonos, sin sorpresas ni sobresaltos.

Su familia tampoco era muy dada a los grandes cambios. Su padre, Hugo, trabajaba como panadero en una pequeña tienda del barrio; todos los días se levantaba antes del amanecer para amasar el pan fresco y volver al anochecer, casi sin fuerzas para compartir una conversación larga con Kevin. Su madre, Marta, era enfermera y cumplía turnos rotatorios. Aun así, encontraba tiempo para regañar a su hijo por su desorden y su aparente apatía. "No puedes vivir así toda la vida, Kevin. Tienes que pensar en tu futuro", solía repetirle, casi como una letanía. Su hermana menor, Sofía, con 16 años, era la más estudiosa de la casa: a menudo estaba metida en sus libros, aunque siempre se preocupaba por Kevin y su evidente desgana.

Cierta tarde, después de un turno especialmente duro en la hamburguesería —la freidora se había estropeado y el calor era insoportable—, Kevin llegó a casa con la ropa oliendo a grasa y un humor de perros. Subió las escaleras evitando cruzarse con sus padres; solo deseaba una ducha y algo de calma. El ambiente familiar no ayudaba: su padre se había acostado temprano por el cansancio acumulado y su madre ponía una lavadora mientras tarareaba una canción, quizá para olvidar su propio estrés laboral.

En su habitación, Kevin se dejó caer sobre la cama, cerrando los ojos, intentando imaginarse en un lugar mejor. Sin embargo, el zumbido de su móvil lo sacó de ese breve instante de paz. El grupo de WhatsApp que compartía con sus amigos del instituto estaba especialmente activo. Casi sin querer, cogió el teléfono y vio el último mensaje: Mario, su mejor amigo, había enviado un enlace a una página de apuestas deportivas y una captura de pantalla que mostraba un saldo multiplicado por diez en menos de una hora.

—"Fácil, hermano. Solo tienes que apostar en vivo y seguir la intuición"— leyó en el mensaje, acompañado de varios emojis de dinero y aplausos.

Kevin arqueó una ceja. Jamás había considerado la idea de apostar. De hecho, apenas sabía cómo funcionaban esas páginas. Sin embargo, algo dentro de él se encendió: una mezcla de curiosidad y ambición. ¿Dinero rápido, sin

tener que aguantar clientes enfadados ni el calor sofocante de la freidora? Sonaba demasiado tentador.

Siguiendo el impulso, entró en el enlace, se registró en la plataforma y descubrió que había una "oferta de bienvenida" que duplicaba su primer depósito. Pensando en que no tenía nada que perder, metió veinte euros —casi la mitad de lo que había ganado esa tarde en el trabajo— y se preparó para probar suerte. No tuvo tiempo ni de leer los términos y condiciones; la emoción del momento lo dominaba.

En cuestión de minutos, se encontró mirando la retransmisión en vivo de un partido de fútbol de una liga desconocida, con nombres impronunciables que no recordaba haber escuchado en su vida. Uno de los equipos ganaba 1-0, pero las estadísticas indicaban que el otro había tenido más tiros a puerta y mayor posesión del balón. Kevin decidió apostar diez euros al empate o a la remontada. "Si van perdiendo, la cuota es más alta... y si tienen tan buenas estadísticas, quizá merezcan la victoria", pensó, intentando convencerse de su recién estrenada intuición.

Los minutos transcurrieron con una tensión desconocida para él. Cada pase, cada tiro, cada jugada parecía llevar su corazón al límite. Cuando el partido entró en el último tramo, Kevin notó cómo se le secaba la boca y tuvo que tragar saliva varias veces. ¿Y si perdía ese dinero? ¿Y si todo era un timo? Sin embargo, en el minuto final, el

equipo en el que había confiado marcó un gol, empatando el encuentro. Las apuestas se recalcularon y, de pronto, Kevin vio cómo su saldo pasaba de veinte a treinta euros.

—¡Vamos, joder! — exclamó con un grito ahogado, pues no quería que su madre lo oyera desde la planta baja. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía algo semejante a la adrenalina pura. Algo que no fuera el aburrimiento aplastante o la resignación diaria.

Incapaz de detenerse, revisó el catálogo de partidos y encontró otro encuentro en vivo. Decidió apostar otros cinco euros, esta vez en un resultado exacto. El partido iba 2-1, y si se daba un tercer gol del equipo local, la cuota era muy alta. "Si ya gané una vez, ¿por qué no otra?", se preguntó. Casi sin pensarlo, hizo clic y selló su apuesta.

Para su sorpresa, a los pocos minutos, un delantero aprovechó un contraataque y marcó. Kevin sintió el subidón de la victoria otra vez. Su saldo seguía creciendo, y la emoción era sencillamente embriagadora. Empezó a imaginar qué podría hacer con ese dinero extra. Quizá comprarse las zapatillas nuevas que tenía vistas, invitar a sus amigos a una cena o, incluso, hacer un regalo a su madre. Sonrió ante esa última idea, porque, a pesar de sus choques con ella, en el fondo la quería con locura.

Así, en menos de una hora, sus veinte euros iniciales se convirtieron en ciento cincuenta. Todo con unos pocos

clics, encerrado en su habitación, sin que nadie más se enterara. Sentía que, por primera vez, la vida le daba algo más que tedio y obligaciones. Su mente empezó a trazar planes ambiciosos: "¿Y si hago esto todos los días? ¿Y si consigo lo suficiente para dejar el trabajo en la hamburguesería?".

Mientras sus pensamientos volaban, sonó un débil golpe en la puerta. Era Sofía, que venía a preguntarle si estaba todo bien; había oído su exclamación y, por el tono, sospechó que algo sucedía. Kevin, sobresaltado, minimizó la página de apuestas y fingió estar simplemente viendo un video en el móvil.

—Todo bien, Sofi. Solo... me salió un vídeo gracioso— dijo, intentando sonar despreocupado.

Ella lo miró con una mezcla de curiosidad y desconfianza, pero no insistió. Se encogió de hombros y volvió a su cuarto. Kevin dejó escapar un suspiro de alivio. No estaba listo para que nadie supiera lo que hacía. Aquello era su secreto, su golpe de suerte personal. Una oportunidad de escapar, aunque fuera temporalmente, de esa vida tan gris.

Lo que Kevin no sabía era que acababa de cruzar la puerta de un universo donde la suerte es una invitada caprichosa y donde la verdadera ganadora siempre es la casa. Esa misma noche, al cerrar la sesión y apagar la luz, sintió que

algo dentro de él se había despertado, un cosquilleo permanente que le gritaba que volviera a apostar, que siguiera persiguiendo esa sensación incomparable de victoria. Y, aunque se durmió con una sonrisa dibujada en los labios, su vida acababa de tomar un desvío que ya no podría frenar con tanta facilidad.

Capítulo 2: Primeras Ganancias

A la mañana siguiente, Kevin se levantó con una sensación de energía que hacía tiempo no sentía. El recuerdo de sus pequeñas victorias de la noche anterior lo llenaba de entusiasmo, como si el futuro le ofreciera una salida fácil a sus problemas. Se vistió casi sin pensar, agarró su mochila y salió sin siquiera despedirse de sus padres. Aún sentía el olor a hamburguesa impregnado en su ropa, pero por primera vez en mucho tiempo no le importó.

Mientras caminaba hacia la hamburguesería, su mente regresaba constantemente al saldo que quedaba en la cuenta de apuestas. Ciento cincuenta euros. ¡Nada mal! Era mucho más de lo que ganaba en un par de días preparando patatas fritas y atendiendo clientes de mal humor. Con ese dinero podía permitirse algún capricho o, mejor aún, seguir apostando para multiplicarlo. Cada vez que lo imaginaba, una oleada de adrenalina recorría su cuerpo.

—¿Te quedaste despierto hasta tarde? —le preguntó Mario al verlo llegar, con media sonrisa cómplice.

—Hasta la una, más o menos —respondió Kevin, intentando sonar indiferente, pero sin poder contener una pequeña sonrisa de orgullo.

—Bien ahí, loco. ¿Cuánto llevas? —insistió Mario.

Kevin vaciló un segundo, sabiendo que presumir demasiado podía ser contraproducente. Al final, se encogió de hombros con aparente modestia.

—Ciento cincuenta —dijo, tratando de minimizar su emoción.

Los ojos de Mario se abrieron con asombro. Era la confirmación de que las ganancias no eran un cuento.

—Guau, ¿y ahora qué vas a hacer? —preguntó con curiosidad genuina.

Kevin pensó en voz alta:

—Seguir jugando, supongo. Anoche fue más fácil de lo que creí. Puse diez euros, gané; puse cinco, gané otra vez... No sé, tal vez sea cuestión de estrategia.

Mario sonrió al escuchar la palabra "estrategia". Para él, todo se resumía a corazonadas y algo de suerte. Pero le gustaba esa nueva faceta de Kevin, más atrevida e impulsada por la emoción.

Cuando su turno de trabajo terminó, Kevin se despidió de Mario con una promesa implícita de que hablarían luego sobre las próximas apuestas. Caminó de vuelta a casa ensimismado, repasando mentalmente qué partidos habría esa tarde. El olor a grasa seguía aferrado a su ropa, pero

estaba demasiado concentrado en imaginar futuras ganancias como para reparar en ello.

Al llegar, lo recibió un silencio casi sepulcral. Era el turno de noche de su madre, y su padre dormía para madrugar otra vez. Sofía debía de estar en el instituto. Kevin aprovechó la tranquilidad para dirigirse a su habitación y abrir la página de apuestas en el ordenador. Quería ver las cuotas con más detalle, analizar estadísticas. Se dijo a sí mismo que era "investigación", que no se dejaría llevar solo por impulsos. Ahora tenía un plan.

Empezó a ojear partidos de ligas extranjeras, de esas que se juegan a horas extrañas en rincones lejanos del mundo. Tablas de posiciones, resultados previos, rachas de victorias... Kevin se sorprendió de lo mucho que empezaba a interesarle algo que hasta hacía nada le parecía un mundo ajeno.

—Vale, este equipo suele meter gol en los últimos minutos... interesante —murmuraba.

Anotaba posibles pronósticos en un cuaderno viejo que encontró por ahí, haciendo cálculos de cuánto podría ganar. De vez en cuando, su mente se desbocaba con la idea de multiplicar sus ciento cincuenta euros hasta llegar a una cantidad que sonaba irreal. ¿Mil euros? ¿Dos mil? ¿Por qué no?

Cuando se acercaba la hora del primer partido elegido, sintió el mismo cosquilleo que en la noche anterior. Esa descarga de adrenalina volvió a surgir con más fuerza, empujándolo a creer que podría controlar el resultado. “Si analizo bien los datos, es casi seguro que gano”, se dijo.

Apostó veinte euros a la victoria de un equipo local que llevaba varios encuentros consecutivos ganados. Durante la primera mitad del partido, todo parecía favorable: tenían más posesión, llegaban con peligro... Kevin ya se hacía ilusiones, pensando en qué haría con esos euros extra. Sin embargo, justo antes del descanso, el equipo rival marcó de contragolpe. Un jarro de agua fría.

—Bah, todavía queda mucho partido —se animó Kevin, con el corazón latiendo a mil por hora.

Pasó el descanso revisando nuevamente las estadísticas y dudando si debía arriesgar todavía más, apostando a que habría un empate. El subidón de las apuestas le hacía sentir vivo, como si esa fuera su misión en la vida. Finalmente, decidió esperar.

La segunda parte se reanudó y el equipo local apretó el acelerador, creando oportunidades de gol que erizaban la piel de Kevin cada vez que el balón se acercaba a la red. Hasta que, en el minuto 70, llegó el ansiado empate. Kevin gritó de alegría, olvidándose de que su padre podía estar descansando en la habitación de al lado.

—Vamos, uno más... solo uno más —susurró, con los ojos clavados en la pantalla.

Faltaban veinte minutos, y el equipo local atacaba con todo. Kevin sintió que el aire se podía cortar con un cuchillo. Cada contra del rival era un nudo en el estómago, y cada aproximación del local era esperanza. Quince minutos, diez, cinco... No sucedía nada. El partido se alargaba en un empate eterno.

El árbitro añadió tres minutos de descuento, y Kevin ya se mordía las uñas. “Tiene que llegar el gol, por favor”. Casi podía escuchar su propio pulso retumbando en los oídos. Cuando quedaban apenas segundos en el reloj, el delantero estrella del equipo local controló un balón en la frontal del área y enganchó un disparo brutal que rozó las yemas del portero y se coló en la red.

—¡Sí! —bramó Kevin, golpeando la mesa con ambas manos, eufórico.

El pitido final no se hizo esperar. Su apuesta de veinte euros se convirtió en el doble, y con ello, su saldo global subió otro escalón. No era una cantidad enorme, pero bastaba para que la adrenalina se disparara. Se sintió un ganador, alguien capaz de ganarle a “la casa”.

Mientras cerraba la sesión para calmarse, recordó que debía prepararse para el día siguiente en la hamburguesería.

Pero, por primera vez en su vida, ir a trabajar ya no se sentía como una condena. Tenía un objetivo secreto, una motivación que latía bajo cada tarea mecánica que debía cumplir. Y no podía esperar para volver a experimentar esa sensación de victoria.

Poco a poco, sin darse cuenta, Kevin se adentraba en un territorio donde la frontera entre la ilusión de control y la realidad de la adicción se empezaba a difuminar. Lo que empezó con un par de apuestas al azar, se estaba convirtiendo en un pensamiento recurrente, un nuevo universo que le exigía más tiempo y cada vez más dinero. Y, de momento, el sabor de las primeras ganancias era demasiado dulce para ignorarlo.

Capítulo 3: La Caída

Los días de gloria duraron menos de lo que Kevin esperaba. Después de una breve racha de victorias, la realidad de las apuestas empezó a mostrarse con crudeza. Cada vez que abría la aplicación o la página web, ya no sentía la misma confianza cegadora de los primeros días. Algo había cambiado: las cuotas no le resultaban tan atractivas, y los partidos se volvían impredecibles. Sin embargo, lejos de detenerse, continuó apostando, convencido de que pronto recuperaría esa "buena estrella" que había creído tener.

La obsesión se apoderó de sus pensamientos. Durante las mañanas, mientras atendía la freidora en la hamburguesería, se sorprendía mirando cada cinco minutos el móvil para seguir resultados en vivo. Si el equipo en el que había confiado marcaba gol, respiraba aliviado y lo celebraba con una sonrisa disimulada. Si recibía un gol en contra, fruncía el ceño y notaba una punzada de nervios que le costaba calmar. Sus compañeros, con Mario a la cabeza, empezaron a sospechar que estaba demasiado metido en ese nuevo pasatiempo.

—¿No crees que te lo estás tomando muy en serio, tío? — le preguntó Mario una mañana, tras observarlo abstraído delante de la pantalla.

—¿Yo? ¿Serio? Para nada... Solo estoy revisando los marcadores —respondió Kevin con un tono que pretendía ser casual, pero que sonó a excusa.

Con cada nueva apuesta, la tensión aumentaba, y Kevin comenzó a perder sin explicación aparente. Un día, su saldo se esfumó por completo en una sucesión de malas jugadas. En lugar de aceptar la derrota, algo dentro de él lo empujó a depositar más dinero, intentando recuperar lo perdido. "Solo un poco más", se repetía, convencido de que la suerte volvería a su favor. Con cada derrota, volvía a apostar más para compensar. Y así, en una espiral peligrosa, veía cómo sus ahorros se diluían como arena entre los dedos.

Las primeras excusas para justificar el dinero que salía de su cuenta no tardaron en aparecer. A su madre, que descubrió un recibo extraño en la cuenta bancaria conjunta que usaban para gastos puntuales, le dijo que necesitaba un libro caro para un curso especializado. A su padre, cuando este le preguntó si aún estaba juntando para comprarse una moto de segunda mano, le respondió con evasivas sobre facturas imprevistas. Mientras tanto, Sofía lo miraba con creciente sospecha, notando su nerviosismo y la manera ansiosa en la que revisaba el teléfono.

Un día, mientras fregaba la plancha de la hamburguesería con gestos mecánicos, Kevin recibió un mensaje de texto. Era el banco, avisándole de que había superado el 80% de